

I

AERIS Y EL LENGUAJE DE LAS LUCIÉRNAGAS

Landys Olivia Martínez Sánchez

En un pueblo detenido entre la neblina y las campanas oxidadas de la iglesia, nació Aeris, un ser que nunca habló ni escuchó, pero que parecía hecho de puro ruido interior. Algunos juraban que era hombre, otros que era mujer, pero en realidad era simplemente una chispa indomable que nunca aceptó que el silencio fuera frontera.

Corría detrás de las palabras como si fueran mariposas, no podía oírlas, sólo las veía flotar en el aire cual estrellas caídas; aunque la gente no las veía y ni le importaba, por las noches espiaban fascinados bajo las cortinas de sus ventanas cuando Aeris escribía con tizas de colores en el suelo; sus letras no eran las nuestras, parecían raíces, alas, serpientes y caminos torcidos.

Los ancianos decían que aquellos artificios jerigonzos no eran palabras, sino invocaciones, y tenían razón, porque cada vez que terminaba de escribir, aparecía algo en el pueblo: un árbol que daba frutos en pleno invierno o un aguacero que sólo caía sobre las casas tristes, algo así como el poeta Marroquín cuando enloquecía a sus lectores con sus paranomasias.

Aeris aprendía así, tocando las letras como piedras vivas; nadie podía enseñarle, incluso los maestros se cansaron, los padres se resignaron, pero él sabía que nadie aprende por otro y que el saber es una semilla que crece en tierra propia.

Con el tiempo, empezó a coleccionar luciérnagas en frascos de vidrio para escuchar lo que decían, cada destello de ellas era una sílaba, descifraba el idioma de la luz con la ilusión de leer el universo completo... dicen que lo logró, porque una madrugada, mientras la lluvia golpeaba los tejados, Aeris desapareció, en su mesa quedó un cuaderno abierto con símbolos que sólo los niños del pueblo pudieron interpretar, juraron que al mirarlos escuchaban un murmullo suave.

Está aprendiendo en otra parte —decían.

Desde entonces, cada vez que algo mágico sucede en el pueblo, todos saben que es Aeris, escribiendo e inventando el mundo con sus manos locas y luminosas como las luciérnagas.